



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Un camino de vida y de bendición

Exposición del Mensajero del Eterno

LA maravillosa gracia que nos es ofrecida por medio de la salvación en Jesucristo, nuestro querido Salvador, nunca podremos estimarla suficiente. Para cumplir su obra de salvación, nuestro querido Salvador dejó voluntariamente la gloria que tenía cerca del Padre. El apareció en la tierra para realizar un ministerio sublime y asegurarle al hombre una nueva vida.

Como podemos observarlo prácticamente, los seres humanos representan seres magníficos con su organismo y con las capacidades maravillosas que poseen. Como lo sabemos también, el hombre está animado actualmente de un mal espíritu que lo hace morir.

Por eso hoy el hombre ni siquiera llega tan viejo como los cuervos, que pueden vivir hasta ciento veinte años. El hombre desciende al sepulcro a cualquier edad. Incluso los niños de corta edad bajan a la tumba.

Lo que les hace falta a los Seres humanos es poseer un espíritu que pueda mantenerles la vida. Ahora, gracias a la obra redentora de nuestro querido Salvador, este espíritu vivificante está a la disposición de los seres humanos, pero es preciso que ellos quieran recibirlo, al llenar las condiciones que les permitan estar animados de este espíritu.

Ahora vamos entrando en el tiempo de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas, y es el Reino que se manifestará. En ese momento las viejas cosas desaparecerán forzosamente para dejar el sitio a las nuevas. Es lo mismo acerca de nuestro carácter; pues la vieja mentalidad habrá de dejar libre espacio a la nueva, de manera que todos estemos en Cristo.

En vista de esto, se trata de hacernos la pregunta: "¿Estoy en Cristo?" El que está en Cristo es una nueva criatura. Es necesario, pues, que nos demos cuenta si la nueva criatura ha echado raíces en nosotros. Esto concierne a los consagrados y al Ejército de Dios; los miembros del Ejército del Eterno han de estar también en Cristo. Estos últimos son llamados a la existencia por Cristo, y pertenecen a la familia de Cristo.

Si los seres humanos no estuvieran bajo la impresión del espíritu del mundo, hubieran podido fácilmente entrar en contacto con las cosas que procuran la vida y que la favorecen; pero como son sugestionados por el espíritu del adversario, almacenan y practican sobre todo cosas que son para la muerte. Ya de niños son enviados a la escuela para aprender lo que destruye la vida, lo que hace morir, es decir, todos los sentimientos egoístas.

Otra escuela existe, pero que no es la del adversario, abierta a todos los que han querido

entrar en ella; la abrió nuestro querido Salvador mismo. Para educarse uno en esta escuela, es preciso renunciar a sí mismo. Nadie es obligado a seguir las reglas de su escuela, porque nos es libremente ofrecida, y todo en ella es libre. No obstante, el que no vive sus enseñanzas, sigue alimentándose de las cosas que causan la muerte, y no aprende a conocer las cosas que procuran la vida.

También a menudo, en medio de nosotros, hemos observado que hay amigos que saben hablar muy bien. Ellos dan un magnífico testimonio oral, pero se contentan con hablar, y no pasan a las obras. Entonces se dirigen hacia el fracaso, porque solamente los hechos tienen valor, y no las palabras.

En cuanto a nosotros, pues, se trata de velar sobre nosotros mismos, sobre nuestros pensamientos, sobre lo que decimos y hacemos, de manera que lleguemos a ser nuevas criaturas. Debemos hacer lo necesario para que las viejas cosas desaparezcan de nosotros. Hay muchas cosas que se manifiestan delante de nosotros y que requieren de nuestra parte la fe. Es menester poder realizarla.

Ahora bien, para tener la fe es necesario ser virtuoso. La fe nos pide poner a un lado las viejas cosas. Si no vigilamos, no podemos discernir, y realizamos justo lo contrario de lo que hace prosperar la nueva criatura. Por eso, es bueno dejarnos guiar únicamente por el espíritu de Dios, que es un espíritu de amor y de justicia, para formar en nosotros la nueva criatura.

La vieja criatura está hecha de mentiras, de hipocresía, de duplicidad y de calumnias. Con la vieja criatura, uno humilla a su prójimo para elevarse a sí mismo. La mentalidad de la vieja criatura es hacer el mal, a pesar de lucir un nimbo de santidad para dar el pego.

Por lo tanto, es indispensable que combatamos enérgicamente todas las antiguas tendencias, con miras a librarnos completamente de las cadenas que nos mantienen atados a las viejas cosas. Estas antiguas cosas, desde luego han dejado una terrible impresión en nuestros diferentes sentidos.

Es lo que está maravillosamente explicado en el libro de *La Vida Eterna*. En él se enseña cómo son conducidas desde el ojo hasta una célula nerviosa las imágenes que el hombre percibe, esto por medio del nervio óptico y de sus ramificaciones. La célula nerviosa así conmovida, echa sus brazos o ramificaciones que luego penetran en la materia blanca del cerebro. Es, pues, un contacto que se realiza de esta manera.

Si la misma visión se repite a menudo, funciona cada vez la misma célula nerviosa, y se

convierte entonces en una neurona. Entonces esta neurona hundirá sus brazos aún más profundamente en la materia blanca del cerebro, estableciendo un contacto que así llegará a ser aún más íntimo. Para todo es lo mismo, y también para los pensamientos.

Es así como se graban las diversas impresiones en el cerebro. Cuando se repiten estas impresiones, llegan a marcarse tan profundamente que forman parte de nuestra personalidad. Esto nos hace comprender por qué razón, cuando hemos adquirido muy malos hábitos, cuesta tanto trabajo ponerlos a un lado.

El apóstol Pablo tuvo que decir al principio de su carrera de discípulo: "¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago".

Pero como el apóstol Pablo combatió con la última energía sus antiguos hábitos, acabó por eliminarlos completamente de su cerebro, y los reemplazó por los nuevos, los hábitos del Reino de Dios. Es lo que también debemos hacer nosotros. Y lo podemos lograr muy bien en la escuela admirable del Señor, con su ayuda. Sólo se nos pide que seamos dóciles y sinceros.

El hombre no está hecho para entrar en contacto con malos olores ni soportar toda clase de intemperies. Sobre todo no está hecho para estar bajo la impresión de sentimientos distintos de los sentimientos divinos. No está hecho para mentir, para ser un hipócrita y un orgulloso. Debe seguir completamente el camino recto. Podemos decir una mentira, incluso sin pronunciar una palabra, simplemente al adoptar cierta actitud, si ésta no traduce lo que sentimos en el corazón.

Si nos examinamos nosotros mismos, hemos de reconocer que, en una multitud de circunstancias, no nos mostramos aún tal como somos, de tal manera el hábito de la hipocresía está arraigada en nosotros. Naturalmente, si nos animaran siempre los sentimientos divinos, no tendríamos la idea de ocultarlos.

Como ya lo he dicho, si no queremos estar expuestos a la necesidad de confesar ciertas cosas, de las cuales nos avergonzaríamos, simplemente no debemos hacerlas. Si guardamos con cuidado nuestro corazón, el Señor nos dará la victoria; pero esto requiere tomar las cosas muy en serio.

Sobre todo es importante dar siempre el primer lugar al Señor en nuestro corazón, darle en todo la preferencia. Esto es lo que no quieren hacer los seres humanos. Y cuanto más instruidos son los humanos, más orgullosos son; más entonces también son deshonestos e inconvenientes ante el Omnipotente.

